

## Cuarto domingo de Adviento – 2007

**Isaías 7,10-16**

**Salmo 80,1-7.17-19**

**Romanos 1,1-7**

**Mateo 1,18-25**

**E**n tiempos del profeta Isaías (siglo VIII a.C.) hubo varias crisis que amenazaron la supervivencia del reino de Judá y la dinastía de David. Nuestra lectura de hoy contiene las palabras de esperanza y salvación que Dios dio por medio del profeta al rey Acaz. Tanto Isaías como un profeta más o menos contemporáneo con él, Oseas, pusieron nombres a sus hijos que contenían mensajes proféticos para sus naciones (la de Judá en el caso de Isaías, la de Israel en el caso de Oseas).

No sabemos quién era la joven a que se refería aquí Isaías, que concebiría y daría a luz. Quizá se trataba de su propia esposa del profeta. La traducción griega de este texto que cita Mateo pone «virgen»; pero la palabra hebrea que usó Isaías sólo indica que se trata de una chica joven, quizá una adolescente recientemente casada. Según la profecía, el niño que nacería todavía no habría empezado a comer alimentos sólidos cuando el expansionismo imperial de Asiria haría abandonar los planes bélicos contra Judá que estaban tramando los reyes de Israel y Siria.

Pero lo que a la postre siempre quedaría en la imaginación de los adoradores del Dios de Jerusalén, sería el nombre de este hijo anunciado: *Immanú El*: «Dios está con nosotros», o «Dios está de nuestra parte».

La crisis de amenaza de guerra en tiempos del rey Acaz pasó y ni siquiera sabemos si la joven a que había señalado Isaías concibió ni si puso ese nombre a su hijo. Pocas generaciones después, el Imperio Neobabilónico acabaría con la dinastía de David, arrasaría Jerusalén y destruiría el templo del Señor en Sion.

En esas nuevas circunstancias, cuando el pueblo judío se halló disperso entre las naciones paganas durante los siglos posteriores y hasta el presente, recibirían consuelo y renovarían sus fuerzas día a día, descubriendo que en cualquier lugar y en cualquier circunstancia, en todo el planeta y en todo momento: «Dios está con nosotros», «Dios está de nuestra parte». No hay destrucción ni guerra, ni enfermedad ni pobreza, ni tragedia personal que pueda eliminar una realidad que es más fuerte que todos los males y toda la maldad que toque sufrir: «Dios está con nosotros», «Dios está de nuestra parte»: *Immanú El*.

**L**os salmos fueron escritos cada uno de ellos en circunstancias particulares para invocar la ayuda de Dios o celebrar su salvación, según el caso. Pero en la revisión y utilización posterior de estos versos, muchas veces acabó por desaparecer de

ellos cuál pudo ser aquel momento particular cuando se compusieron —y esto es lo que ha sucedido con el Salmo 80. Este salmo puede, entonces, constituirse en el clamor del pueblo de Dios en todas las edades:

«¡Oh Dios, haznos volver! ¡Resplandezca tu cara y sálvanos!»

Los tres verbos de esta exclamación tienen una honda significación en el pensamiento bíblico. El verbo *shuv*, «volver» se utiliza de diversas maneras. Puede ser tan pedestre como la idea de que hemos ido a alguna parte y queremos *volver*. ¡Oh Señor, haznos volver! Este lugar adonde hemos llegado en este momento de la vida no nos satisface. Queremos volver adonde estábamos antes. En su sentido más profundo, sin embargo, esta idea de *volver* indica «arrepentimiento». Es la proclama habitual de los profetas del Señor: ¡Volved, volved a Dios, de quien os habéis apartado!

Sin embargo este «volver» del arrepentimiento no es cosa fácil. Muchas veces no sabemos exactamente cómo hemos llegado hasta aquí, hasta este punto en la vida cuando Dios parece distante y hemos perdido la ilusión y la frescura vital que nos inspiraba su cercanía. La forma del verbo hebreo que emplea aquí el salmo es el modo *hifil*, que indica no la acción de volver en sí, sino la de *hacer* volver, la de poner en marcha un proceso que dará por resultado nuestro volver o arrepentirnos. ¡Haznos tú volver! ¡Capacítanos tú para el arrepentimiento! ¡Pon tú en marcha, dinámicas que toquen nuestra vida de tal manera que podamos emprender el camino de regreso hacia ti! El arrepentimiento es siempre algo que nos corresponde a nosotros; y sin embargo es también una gracia de Dios, un don que él nos concede. Si Dios no interviene para ablandar nuestros corazones, descubrimos que somos incapaces de dar marcha atrás por nuestras propias fuerzas!

«¡Oh Dios, haznos volver! ¡Resplandezca tu cara y sálvanos!» En el pensamiento bíblico, la cara de Dios es su presencia. El segundo verbo de este clamor del Salmo 80 no sólo invoca esa presencia de Dios sino especialmente evoca la calidad luminosa de esa presencia, que es como el resplandor del sol. ¡Señor, estamos a oscuras; ilumínenos tu presencia! Nuestras circunstancias son difíciles, quizá nuestro ánimo esté deprimido; en cualquier caso no vemos ninguna salida, no hallamos la manera de superar nuestra condición o nuestra situación, nos falta claridad en el pensamiento. Como el amanecer del sol en un nuevo día hace desaparecer las incertidumbres de la noche, necesitamos el resplandor de la presencia de Dios que guíe nuestros pasos.

De ahí el tercero de los verbos de la exclamación del Salmo 80: «Sálvanos». El salmo nos recuerda lo que nunca podemos permitirnos olvidar. Estamos perdidos si no nos salva Dios. No me refiero, no ahora por lo menos, a nuestro destino eterno tras la muerte —aunque desde luego también es cierto que necesitamos la salvación de Dios para eso. Pero es que ya estamos perdidos en nuestro deambular por la vida, ya hoy, ya cada día, si no interviene continuamente Dios para *hacernos volver* a él, para hacer *brillar* sobre nosotros su presencia luminosa... y *salvarnos*.

Los versículos de saludo inicial con que Pablo abre su carta a los Romanos, centran por fin nuestra salvación directamente en la persona de Jesucristo. Puede ser cierto en general que *Immanú El*, que «Dios está con nosotros» o que «Dios está de nuestra parte». Puede ser cierto en general que necesitamos cada día que nos ilumine la cara —es decir la presencia— de Dios, que nos conceda el saber volver a él, que nos salve en medio de nuestras circunstancias adversas en la vida.

Pero estas verdades en general se plasman en una persona: en «Jesús el Hijo de Dios, que nació del linaje de David según la carne pero fue declarado Hijo de Dios, con poder conforme al Espíritu de Santidad y por la resurrección de entre los muertos».

No hay otra esperanza que la que nos ofrece Jesús. No hay otra consolación que la de su resurrección. No hay otras fuerzas con que hacer frente a la vida que las que nos da el Espíritu que él nos derramó. No hay otra manifestación más clara de que Dios está con nosotros y de nuestra parte, que su acercamiento a nosotros en la vida de este hombre.

Y aunque han pasado ya dos mil años desde su nacimiento, sigue siendo en Jesús que observamos la cercanía y el compromiso vital con que Dios ha elegido hacer resplandecer sobre nosotros su presencia. Y al recordar las palabras y las acciones de Jesús, sus curaciones milagrosas y exorcismos, su paciencia como Maestro, la ternura de su compasión y su capacidad extraordinaria de no responder con maldad cuando lo mataron con maldad, una extraña luminosidad y clarividencia invade nuestras almas y nos sabemos a salvo, amados y estrechados en los brazos de Dios Padre.

Y descubrimos que se cumple el deseo con que Pablo concluye este saludo de apertura de su carta a los Romanos: «¡Gracia a vosotros y paz de parte de Dios nuestro Padre y del Señor Jesucristo!»

Llegamos así a nuestra lectura del Evangelio para hoy. Unos versículos que nos llevan hasta el filo de la Navidad, que se nos echa encima ya en pocas horas. Este relato que con tan pocas palabras nos pone en la situación de José ante la noticia terrible de que su novia —con la que jamás ha hecho el amor— está embarazada.

Extrañamente, el evangelio nos cuenta que el ángel del Señor le habla en un sueño. Yo no sé cómo haría José para tranquilizarse y quedarse dormido después de que María le confesara su embarazo. ¡Desde luego, si antes de casarnos Connie me hubiera confesado que estaba embarazada y a la vez me hubiera venido con un cuento de que seguía siendo pura y que el embarazo había sido de santísimo milagro de Dios, no creo que yo hubiera pasado una noche tranquila!

Este acercarse de Dios a nosotros en la persona de Jesús, este *Immanú El* —Dios con nosotros, o Dios que se pone de nuestra parte— que había anunciado Isaías, viene a nosotros con la fragilidad de que sepamos responder adecuadamente a las posibilidades que Dios nos abre.

¡Tantas cosas podrían haber salido mal!

¿Qué clase de niñez, qué clase de hogar y familia habría tenido Jesús si José no hubiese obedecido las instrucciones que le dio el ángel del Señor con que soñó? Desde luego la vida de Jesús habría sido muy diferente si hubiera nacido de una madre soltera, despreciada por todo su entorno social, marginada como pecadora, probablemente expulsada de la comunidad judía y obligada a vivir entre gentiles y paganos. Desde luego, un hijo bastardo de una madre soltera no habría podido asistir a la sinagoga y estudiar y aprender los libros sagrados de Israel. No habría peregrinado con su familia todos los años a Jerusalén, para allí debatir sobre la Ley de Moisés con los más sabios eruditos judíos en el templo. Los cuatro evangelios coinciden en que los judíos de su generación le reconocían el título de rabino, que quiere decir Gran Maestro o Maestro Grandioso. ¡Es inconcebible que el hijo bastardo de una madre soltera hubiera alcanzado ese grado de conocimiento de la Escritura y ese reconocimiento entre los judíos!

Todo pende de la decisión de un hombre: José. ¿Qué hará José con la información que Dios le revela en su sueño?

Sabemos que José obedeció al Señor; que serenó su ánimo y adoptó a Jesús y le dio un hogar lleno de aceptación y el amor y honor de un hijo legítimo.

Y ahora nos toca a nosotros. ¿Cómo reaccionaremos nosotros a las verdades incómodas que traiga a nuestras vidas el Señor? Hoy también todo pende de un hilo, todo depende de la decisión de una persona:

Tú mismo, tú misma: ¿Qué harás cuando Jesús irrumpa en tu vida de maneras inesperadas, rompa todos tus esquemas y te invite a reordenar tu vida y tus prioridades? ¿Verás en ello la salvación y el resplandor de la cara de Dios?

El universo entero contiene el aliento, aguardando cuál será tu decisión.

Dionisio Byler  
Burgos — Iglesia Evangélica Menonita  
23 diciembre 2007